

Cita en el andén

-La nota decía que me bajara en esa estación y ya está. Yo no sabía ni a quién debía buscar entre tanta gente, pero cuando la vi supe que era ella. ¿Que cómo lo supe? Porque me miraba a mí, ¿entiende? A mí solamente, con aquellos ojos negros y penetrantes que me cortaban la respiración. Nadie me había mirado jamás sin mostrar asco. Míreme bien, hombre, ¿cuántas mujeres cree que se me han acercado? Pues ella lo hizo. Vino directamente hacia mí como si no hubiera nadie más en la estación. Nunca había visto nada tan hermoso... Parecía un ángel deslizándose entre los pasajeros que abarrotaban el andén. Creía estar soñando, hasta que me tocó la cara y sentí su mano, cálida y suave. Y cuando acercó su rostro al mío y me pidió que empujara a aquel desconocido fue como si mis brazos cobrasen vida propia. No me di cuenta de lo que había hecho hasta que me pusieron las...

-Por última vez, ¿qué ha hecho con la nota?

-Yo ni siquiera soy de aquí, ¿entiende? A mí todo esto me queda demasiado grande. Hasta esta mañana ni siquiera conocía el metro. Me equivoqué tres veces de estación, figúrese...

Irritado, el inspector se levantó y dejó que su ayudante concluyera el inútil interrogatorio. Otra semana con un crimen sin móvil, otra nota anónima desaparecida, otro pueblerino giboso y necio como brazo ejecutor y la misma escena recogida por las cámaras de seguridad: una mujer de espaldas que acaricia un rostro repulsivo y embobado, un susurro al oído, un empujón al azar cuando se acerca el tren, un asesino enamorado dejándose esposar mientras busca con la mirada a un fantasma de ojos negros entre la multitud que abarrota una estación cualquiera en hora punta.